

LUIS ÁNGEL MONTES PERAL

Cristo ha resucitado

La Resurrección en el final
de la Pasión de Marcos



SAN PABLO

Índice

Portada	
Portadilla	
Créditos	
Prólogo	
Introducción	
Estudio exegético y espiritual de Mc 16,1-8	
I. Acercamiento literario	
II. Interpretación de conjunto	
III. A la búsqueda del Evangelio de la mano del	
Resucitado	
IV. Acercamiento histórico	
V. Impulsos espirituales en torno a la Resurrección	
Desenlace final	
Bibliografía	
Notas	

LUIS ÁNGEL MONTES PERAL

Cristo ha resucitado

La Resurrección en el final de la Pasión de Marcos



© SAN PABLO 2021 (Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)
Tel. 917 425 113 - Fax 917 425 723
E-mail: secretaria.edit@sanpablo.es - www.sanpablo.es
© Luis Ángel Montes Peral 2021

Distribución: SAN PABLO. División Comercial
Resina, 1. 28021 Madrid
Tel. 917 987 375 - Fax 915 052 050
E-mail: ventas@sanpablo.es
ISBN: 978-84-285-6410-6
Depósito legal: M. 150-2021
Impreso en Artes Gráficas Gar.Vi. 28970 Humanes (Madrid)
Printed in Spain. Impreso en España

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio sin permiso previo y por escrito del editor, salvo excepción prevista por la ley. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la Ley de propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - www.conlicencia.com).

*A mi maestro y buen amigo
Joachim Gnilka (1928-2018),
que está viendo ya el rostro del Resucitado¹.*

Prólogo

La Resurrección de Cristo, *núcleo* y *eje* del Evangelio, siempre ha estado presente y actuante en la conciencia de los creyentes, ya que constituye el acontecimiento central de nuestra religión, así como la referencia permanente de nuestra espiritualidad, alimentando de forma definitiva la fe y la esperanza cristianas¹. Además confiere la razón de ser a lo que somos y un hondo sentido a cuanto hacemos en el presente, orientados hacia el futuro, ya que proporciona respuesta a las preguntas fundantes de nuestra fe². Está llamada a determinar de manera decisiva el curso permanente de nuestra existencia en el presente y en el futuro, cuando la acogemos sorprendidos, agradecidos, en actitud de alabanza, siempre de forma fiel y responsable.

En primer lugar *sorprendidos*. Nuestra vocación y misión es vivir la Pascua gozosamente por las *maravillas* que Dios obra en la Resurrección de su Hijo humanado. Lo importante para cada uno de nosotros está en que en esa bendita Resurrección se juega para todos el logro de la *bienaventuranza final*. Efectivamente, Jesús no resucitó solo. Como Él y con Él también nosotros resucitaremos. Nuestro destino -aquí radica la sorpresa de tan excelente noticia- consiste en vivir para siempre felices, del mismo modo que Él ya es feliz sin posibilidad de marcha atrás con el Padre en comunión con los bienaventurados. «Creer en la vida eterna» significa admirarnos ante *tanta bondad* como el Padre ha derrochado con nosotros en su Hijo, que nos ha preparado semejante herencia y destinado a hacerla propia.

En segundo lugar *agradecidos*, porque esa bondad del Padre ha sido tan grande que nos entregó a su Hijo, que se hizo uno de los nuestros y nos amó tanto que vivió, murió y resucitó por nosotros. «Muerto por nuestros pecados, resucitado para nuestra salvación». Mediante un insondable misterio de salvación nos ha conseguido el auténtico logro de la vida, que empieza *ya aquí y ahora*, pero que llegará a su plenitud en la consumación última. ¡Con el aliento del Espíritu Santo, derramado sobre los corazones, cuánto agradecimiento hemos de expresar al Padre bueno y al Hijo humanado, que por obra del Espíritu nos llama al amor, a la superación del mal en lo cotidiano y a la existencia colmada a pesar de las muchas flaquezas y de los pecados pequeños y grandes!

En tercer lugar en estado permanente de *alabanza*. Con memoria agradecida demos, demos hoy y siempre, muchas gracias al Altísimo, bendigámosle sin descanso, porque no ha querido que el hombre fuera una pasión inútil, abocado a la nada. Bien al contrario, en la Resurrección de Cristo los humanos podemos cantar victoria. Las últimas palabras son *vida* ¡y vida dichosa!, *resurrección* ¡y resurrección para siempre! Porque así lo ha querido la Trinidad Santa que nos *quiere bien* y vela por nuestro destino. A la Trinidad Santa no nos queda más remedio que expresarle con sinceridad el honor y la gloria.

Toda esta trayectoria vital marca, del mismo modo, una exigente *fidelidad y responsabilidad* para el presente. Vivir la Resurrección de Jesús tiene que llevarnos a *transformar* la propia existencia, viviendo como *personas convertidas*, y al mismo tiempo ayudarnos a *cambiar* la vida de los demás. ¡Así se consolida nuestra fidelidad! Cuanta mayor acogida prestemos a la gracia, para que el Resucitado nos conforme por dentro, mejor serviremos de testimonio para los demás, viviendo todos en filiación y fraternidad, en cristianía y

humanidad. La Resurrección representa la *plenificación de la humanización*, ya que la humanidad del Resucitado está vocacionada a permanecer feliz para siempre. Solo el hombre con vocación de eternidad llega a ser verdadero hombre en fidelidad colmada.

La Iglesia actual está viviendo tiempos de incertidumbre y dispersión, que están *erosionando gravemente la fe*. No solo en España, en todo Occidente la descomposición de la experiencia cristiana y de los contenidos espirituales de siempre se está haciendo cada vez más alarmante, como en pocas épocas de la historia anterior. Dentro de medio siglo ¿el Hijo del Hombre *encontrará fe* en Europa? ¿Serán los creyentes apreciados y significativos en sus diversas sociedades? ¿Se convertirá el cristianismo en un recuerdo del pasado o una realidad viva y operante como *fermento* en la masa, *luz* de las naciones y *sal* del mundo? ¿Quién puede responder hoy estas acuciantes preguntas?

Solo en Cristo crucificado y resucitado el creyente encuentra al *hombre nuevo*, llamado a la plenitud, y la Iglesia recibe la razón fundamental de su misión. Cristo muerto y resucitado siempre será mayor que cada uno de nosotros. Pero en la configuración con su persona, en la imitación de su vida y en el proseguimiento de su causa encontraremos la *f fuente de la felicidad* en el presente y se decidirá nuestro futuro personal y comunitario. En una época individualista estamos llamados a asumir la realidad de la Resurrección en un clima compartido. Hay que limitar el propio «yo» y avanzar en el «nosotros», que significa pertenecer a la Nueva Humanidad, que ha superado el egoísmo, la soledad, el miedo, la desilusión y sobre todo la desesperanza.

Se impone con urgencia variar el rumbo, vivir *en comunión con el Resucitado como resucitados*, siguiéndole como discípulos en radicalidad con la mirada puesta en el Evangelio. Nuestro Señor no espera de nosotros muchas oraciones mecánicas, tampoco grandes procesiones en su honor, aunque no tengamos nada contra ellas; lo que verdaderamente espera es que respondamos a su *amor incondicional* al Padre y a los hermanos con sus mismas actitudes, expresando sentimientos semejantes a los suyos. Que colaboremos en la extensión del Reino siguiendo sus pasos, empezando en Galilea y haciendo camino con los demás creyentes hacia Jerusalén, equipados con una fe fuerte e ilusionante.

En el momento de cambios dramáticos por el que pasamos, estamos convocados a *vivir ya* como resucitados en el presente, que caminan hacia un *futuro pleno en el que no habrá llanto, sufrimiento ni muerte*. Pero hasta que llegue ese momento, se exige de nosotros un *compromiso fuerte para gestar un mundo mejor*, compartiendo los mismos valores, por los que Jesús se desgastó y entregó su vida: por la misericordia y la compasión, por la solidaridad y la hermandad, por la igualdad y la justicia, por la ayuda a los necesitados y el servicio a los pequeños. ¡Esa es nuestra *auténtica responsabilidad* en el aquí y ahora de este singular tiempo de transformación epocal que estamos viviendo!

Vivir así, además de merecer la pena, significa ganarse el pasaporte que nos lleva a la inmortalidad y trabajar por una *vuelta de la Iglesia* no solo en mi alma sino sobre todo en la mentalidad de los ciudadanos del mundo occidental. Quien actúa de este modo no quedará en la estacada, ayudará a *fructificar los frutos de fe, esperanza y amor*, que en la actualidad tanto necesitamos y en su momento reinará para siempre con el Señor. Como el Espíritu

resucitó a Jesús y el Padre dio un sí definitivo a sus valores compartidos, también ese mismo Espíritu nos resucitará a cada uno de nosotros y el Padre nos recompensará la generosidad volcada hacia los demás con la ayuda de su gracia.

Porque hemos resucitado con Cristo, busquemos las cosas de arriba pero sin dejar de obrar en el mundo como Él lo hizo, que pasó por su tiempo haciendo el bien y entregándose al servicio de los pobres, enfermos y pecadores. En este sentido os deseo que este libro os ayude en el progreso de una *vida digna de Cristo* y en el crecimiento mediante la puesta en práctica de lo *bueno*, lo *bello*, lo *agradable* a Dios que nos ha traído el Resucitado.

Barruelo de Santullán (Palencia)
Pascua de Resurrección del 12 de abril de 2020
(en el tiempo del coronavirus)

Introducción

El Evangelio, «*la verdad del Evangelio de Dios*» (Col 1,5), como buena noticia de la historia de Jesús, constituye todo un regalo de gracia y salvación. Nos permite conocer quién *fue y es* Jesús, así como proseguir su camino redentor, guardando memoria de su persona y vida, de sus hechos, dichos y signos, pero sobre todo de su destino, que pasó por la Cruz y se consumó en la Resurrección. Tiene su *máxima concentración* en la Buena Noticia de la Pascua, en la muerte, la sepultura, el descubrimiento de la tumba vacía, el anuncio de la Resurrección y las apariciones del Resucitado. Podemos afirmar que todo el Evangelio *culmina* en la Muerte y en la Resurrección de Jesús, de modo muy especial en la Resurrección, tal como aparece en Mc 16,1-8, texto sobre el que queremos centrar ahora nuestras reflexiones.

La Resurrección de Jesús, siempre con mayúscula, necesita ser recordada y *contada* de nuevo. Pero no cambiando nada de lo transmitido sobre ella en la palabra de Dios, sino ateniéndonos al relato de aquel que fue el primero que nos lo transmitió: el evangelista Marcos al final de su obra. Su relato en 16,1-8 quiere ser entonces el *norte* de nuestra investigación e interpretación, intentando comportarnos siempre con fidelidad a lo que el autor sagrado nos quiso transmitir, porque en este sentido su *intención* coincide con lo que el mismo Dios desea transmitirnos en su Palabra¹.

Crucifixión y Resurrección

La Crucifixión y la Resurrección constituyen el *núcleo de la historia de Jesús y también del cristianismo desde sus orígenes hasta el día de hoy*. Incluso puede afirmarse que así será hasta el final de la historia. Consideramos esas dos realidades cristológicas como el *resumen del kerigma*, lo más granado de la predicación primitiva de la Iglesia naciente, a la que siempre se ha mantenido fiel. Con el paso del tiempo esa enseñanza fundamental se fue explicitando, ensanchando, consolidando y sedimentando en distintas teologías, plasmadas en los distintos tiempos de la historia.

En el momento actual, después de los *grandes avances de la exégesis* en los dos últimos siglos, no se puede acoger de forma debida la Resurrección, si no se tienen en cuenta los relatos evangélicos y de una manera especial el de Marcos, el más antiguo de todos y el que más nos acerca a lo sucedido una vez en Galilea y en Jerusalén al final del primer tercio de la era cristiana. En sus páginas queda claro que el Crucificado ha hecho trizas el poder de la muerte y podemos vivir a partir de la Resurrección en la etapa escatológica de la *vida en Cristo* como auténticos resucitados.

La página más importante de la Biblia: la crucifixión de Jesús de Mc 15,20b-41

Tengo para mí que *la página más importante de la Sagrada Escritura es la escena de la crucifixión de la Pasión premarquina*, que el evangelista ha recibido de la comunidad de Jerusalén e integrado en su obra con una intencionalidad muy especial. Ha sido objeto de un minucioso estudio por mi parte en un libro anterior² que, junto con el que ahora empiezo, conforma una compacta

unidad. Si no se ha leído aún, invito encarecidamente a hacerlo, porque ayudará a entender mejor lo que se va a exponer aquí³. Además evitaremos tener que repetir temas importantes ya expuestos, como el referente a lo que suelo llamar en mis escritos la *Pasión premarquina*, que ofrece como temas centrales su Muerte y Resurrección.

Sin duda nunca pensó el humilde pastor de una comunidad cristiana, el evangelista Marcos⁴, que esta escena, dispuesta en su escrito con tanta atención e intención, pensando en sus primeros lectores, pudiera alcanzar un valor tan alto como el que está demostrando en el presente. Lo que ciertamente quiso de forma directa fue *confiar* a los fieles, que tan bien conocía, su relato sin preocuparse demasiado por el valor intrínseco de lo escrito⁵. Por eso, si en aquel tiempo hubiera leído lo que acabo de escribir, el primer sorprendido de mi afirmación sería él, incluso en su sencillez no acabaría de creérselo. ¿Cómo considerar su reflexión en torno a la crucifixión de Jesús, que le había proporcionado la comunidad de Jerusalén en sus datos esenciales, como algo tan importante en el interior de la Escritura Santa?

Pero no retiro nada de lo afirmado. Así es en realidad, aunque conviene añadir que su valor no es tanto mérito suyo y de los autores de sus fuentes como *acción del Espíritu*, que sabe hacer soplar su aliento donde quiere y en la forma que desea. El Espíritu de la Sabiduría así lo hizo y así lo dispuso, moviendo e inspirando al hagiógrafo, como tuvo a bien hacerlo, en un texto de máxima trascendencia religiosa en su expresión final. El Espíritu, que con su amor tiende redes por todas partes, deja sus mejores marcas en los humildes y este es un caso bien representativo de ello. Debemos conformarnos con los hechos tal como son y por ello dar gracias al Padre.

La extraordinaria importancia de la tumba vacía (Mc 16,1-8)

La escena del descubrimiento de la tumba vacía y el anuncio de la Resurrección, objeto ahora de nuestro estudio, también tiene una relevancia de primer orden⁶, no yendo muy a la zaga de la escena de la crucifixión, con la que está íntimamente conexas⁷. Estamos de nuevo ante otra página como muy pocas de la Sagrada Escritura. En realidad, «este mensaje (Mc 16,1-8) contiene nada menos que el mensaje central de la fe cristiana»⁸. De hecho si la Historia de la Pasión está orientada hacia la Cruz, «el mensaje de la Resurrección de Jesús es, como los tres anuncios de su dolor mesiánico, la meta de la Historia de la Pasión»⁹. La *passio iusti* concluye en la *resurrectio iusti*, ya que el final de la historia de Jesús no puede considerarse como una derrota sino como una victoria.

Su vida terrena no acaba en el *fracaso*, bien al contrario constituye el mayor de los *triunfos*. En la Resurrección se confiere el *sentido definitivo* de lo que representó la muerte del Nazareno por ajusticiamiento. Cruz y descubrimiento de la tumba vacía con su mensaje esperanzador, Muerte y Resurrección forman un todo tan inseparable que podemos formular dos constataciones incuestionables, circularmente implicadas: el *Crucificado es el Resucitado*. Y el *Resucitado es el Crucificado*.

No se trata en modo alguno de un galimatías, sino de *verdades fundantes* como puños, que arrastran unas consecuencias muy especiales en la debida percepción del misterio de Jesús. También en la conclusión de su obra el evangelista quiere seguir siendo fiel a su propósito de *ofrecernos los misterios de Jesús* en su desenvolvimiento terreno¹⁰. Dicho de otro modo, el que sufrió el suplicio más horrendo conocido, no acabó sus días en una muerte

ignominiosa, sino que fue rehabilitado por Dios en el momento preciso. No podemos entender lo que en Jesús significa la Resurrección, si antes no declaramos que ese hombre tan singular, verdadero profeta de la verdad, justo sin tacha y siervo fiel pasó antes por la ignominia de una muerte cruel como ninguna otra. En su aparente derrota estaba *despuntando* su victoria definitiva, de modo que en la Cruz ya se hace presente la Resurrección¹¹. Esta nos confirma que sin la luz de la Resurrección se difumina la Cruz, pero también que sin la Cruz no puede brillar el sentido propio de la Resurrección¹².

En el inicio histórico de todo lo acontecido en Jerusalén en la *primavera del año 30*, está el descubrimiento de la tumba vacía, tal como ha quedado inmortalizada en el relato marquino, que posee una excepcional importancia para la cristología¹³. «La significación teológica de esta escena eclipsa todo otro interés: la resurrección del Crucificado no es una idea humana, sino un acto de Dios (de la *Trinidad*, diría yo más precisamente), que no puede dejar de ser revelado»¹⁴.

Estas consideraciones no representan un capricho de quien siente predilección por este evangelista ni exageran en su valoración, sino que representan un *acto de obediencia* al constatar de modo concreto *cómo* nos ha llegado la Resurrección en la revelación divina y *cómo* se fue dando a conocer progresivamente el *hecho crucial para la fe* de que Jesús *vive* más allá de la constatación de su historia humana y con una luz que ilumina el auténtico sentido de la existencia de cada persona. Como todo el evangelio de Marcos, pero de manera muy especial este singular texto, sale al encuentro del *exégeta*, del *teólogo sistemático*, del *pastoralista* y del *creyente* que quieren ser discípulos¹⁵.

La sepultura de Jesús (Mc 15,42-47)

Al reflexionar sobre Mc 16,1-8 no queda más remedio que hacer referencia también a la perícopa anterior, relativa al descendimiento de la Cruz y a la sepultura de Jesús (15,42-47). Pero no la vamos a tratar de manera demasiado detallada aquí. Llegará el momento en que lo hagamos en una publicación aparte¹⁶. Basta con proporcionar los datos suministrados por el evangelista, que nos pueden ayudar a conocer debidamente la situación originada, que prepara el descubrimiento de la tumba vacía.

En la sepultura de Jesús tuvo gran protagonismo: «José de Arimatea, miembro noble del Sanedrín, que también aguardaba el reino de Dios». Es la única vez que Marcos habla de este personaje, que hemos de suponer que era natural de una población cercana a Jerusalén con ese mismo nombre¹⁷. Este personaje de primera fila tuvo sin ningún género de duda su importancia en el cristianismo primitivo, ya que en momentos especialmente trágicos se había comportado como fidelísimo «discípulo de Jesús»¹⁸, enterrando de manera digna su cuerpo vilipendiado hasta lo indecible por sus injustos enemigos. Ese cuerpo destrozado por el que los primitivos cristianos tuvieron una especial veneración.

Con determinación el de Arimatea se presentó ante Pilatos «y le pidió el cuerpo de Jesús». Tramitada la súplica de manera satisfactoria¹⁹, realizó estas acciones para llevar a cabo su piadoso propósito de dar sepultura a Jesús:

- ~ «compró una sábana»;
- ~ bajó a Jesús de la Cruz;
- ~ lo envolvió en la sábana, aplicada como sudario;
- ~ «y lo puso en un sepulcro, excavado en una roca».
- ~ «Y rodó una piedra a la entrada del sepulcro»²⁰.

No se dice que otras personas le proporcionaran ayuda, aunque necesariamente hay que suponerla. Desde luego a uno solo le hubiera sido totalmente imposible realizar un enterramiento de estas características. Pero esta singularidad tiene su explicación: del mismo modo que únicamente se menciona a Simón de Cirene como el que ayudó a llevar la Cruz a Jesús (15,1), ahora se restringe también a *una sola persona*, sin duda la más decisiva en el hecho, como la que llevó a cabo el enterramiento. Nada se informa sobre su embalsamamiento. La acción de las tres mujeres de ir a embalsamar a Jesús el día de la Pascua supone que no se hizo de la forma precisa y que ellas quisieron llevar a cabo los ritos que faltaban. Todo ello debido quizá al cúmulo de circunstancias adversas que rodearon la trágica muerte de Jesús, así como lo precipitado de su enterramiento para que sucediera de día y pudiera llevarse a cabo *antes del descanso sabático*²¹.

Partiendo de estos pocos datos, los otros evangelistas nos suministrarán información complementaria, también escasa, pero que corrobora la *certeza* de que varias personas intervinieron en la sepultura de Jesús. Así corresponde a la realidad y así lo tenemos metido en nuestra retina y en nuestros oídos por el arte, la literatura y la espiritualidad, que ha penetrado en nuestro interior de mil maneras. Realmente se trata de un hecho muy impactante tanto en las culturas circundantes como en el judaísmo²².

La Pasión premarquina se reduce a lo esencial y no se detiene a suministrarnos particularidades, que a los lectores nos hubiera gustado conocer para satisfacer la curiosidad. ¿De quién era el sepulcro? ¿Dónde estaba situado? Los otros evangelistas añaden algunos detalles, que luego se fueron ensanchando mediante la tradición secular. A diferencia de la crucifixión y del descubrimiento

de la tumba vacía, en la escena del enterramiento solo se consigna la descripción de los hechos, sin que se transcriban *palabras* de los personajes. Además en aquellas trágicas circunstancias el silencio respetuoso se imponía. En estilo indirecto se dice que a Pilato le extrañó mucho que Jesús hubiera muerto tan pronto, «y llamando al centurión, le preguntó si hacía mucho tiempo que había muerto. Informado por el centurión, concedió el cadáver a José».

Al final de la descripción de los hechos son mencionadas *dos mujeres* que ya conocemos de la escena de la crucifixión. Allí se constataba la presencia amedrantada de algunas mujeres, que «miraban desde lejos» cómo Jesús moría en la Cruz. «Entre ellas María la Magdalena, María la madre de Santiago el Menor y de José, y Salomé» (15,40). La escena de la sepultura se cierra con una lista un tanto diferente y con una pequeña aclaración, muy pertinente para comprender el sentido del relato siguiente: «María Magdalena y María, la madre de Joset, observaban dónde lo ponían».

Conviene resaltar que las tres listas que nos proporciona Marcos sobre las mujeres, y de las que volveremos a hablar más adelante, presentan alguna diferencia que resaltaremos. Pero en dos cosas coinciden: siempre se menciona a *María la Magdalena* en primer lugar, seguida de *otra María* de más difícil identificación. El evangelista no menciona como testigo del enterramiento a Salomé y hay que respetarlo; sí lo hace, cuando habla de su Muerte y de su Resurrección²³.

La centralidad de la Cruz-Resurrección

No cabe la menor duda de que en los cuatro evangelios su última parte, la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús, constituye no solo la parte final, sino la más trascendente en todos los sentidos. La historia de Jesús, ofrecida por sus autores, culmina sin excepción en los acontecimientos de la Pascua. Entre las cuatro pasiones, la de Marcos, ofrece los mayores visos de *fiabilidad histórica*, por ser la más antigua y la que proporcionó información precisa y el tono a las otras tres. De una u otra forma las demás dependen de ella. Mateo, Lucas y Juan la conocen sin ningún género de duda. Imposible comprender la gestación de las otras tres pasiones, si no se sitúa la de Marcos en primer lugar con *datos preciosos* sobre Jesús, que los otros evangelistas aprovecharon y ampliaron con tradiciones propias.

Pues bien, dentro de la Pasión de Marcos, como en todo el evangelio, la narración está orientada: a. *hacia la Cruz*, hacia las palabras de Jesús en su lengua materna, momentos antes de morir (15,34), cuando el centurión romano hace su confesión (15,39), y b. *hacia el anuncio de la Resurrección* (16,6s), después de haber sido sepultado. Este conjunto de hechos confiere el significado definitivo a todo el escrito marquino.

De lo descrito hasta aquí se deduce que Marcos ha dado una carga *real* y a la vez *simbólica* tan grande a las palabras de Jesús, del centurión romano y del joven vestido de blanco, que solo *uniéndolas las tres* entenderemos debidamente el contenido de la obra que ha compuesto. De hecho tienen una *trascendencia suma* para entender de la forma debida los acontecimientos cruciales de la Muerte y Resurrección de Jesús. En el libro anterior ya hemos interpretado largamente las palabras de Jesús y del centurión. En este, llegado el momento, queremos ahondar

debidamente en las palabras del emisario divino, sabiendo que las tres forman una unidad inseparable a mantener, para entender debidamente su significación.

Resumen actualizado

La *historia terrena de Jesús*, contenida en los cuatro evangelios, se alza en el centro mismo de la Biblia, dividiendo esta en dos partes desiguales en extensión y contenidos pero complementarias en su significación: el Antiguo y el Nuevo Testamento, o mejor: el *Primer* y el *Segundo Testamento*²⁴. En el interior de esa historia terrena de Jesús, la Pasión-Resurrección, con la que invariablemente finalizan los cuatro evangelistas, ofrece una significación muy especial, ya que está formada por los acontecimientos cruciales de la historia del Jesús de la Tierra Santa, los últimos de su vida, ocurridos en Jerusalén.

En libro aparte hemos estudiado la crucifixión en el Gólgota. Ahora *el final de Marcos* nos proporciona las claves para encontrarnos de forma creyente con el *núcleo mismo del Evangelio*. Los versículos 16,1-8 significan la *pedra de toque* para ajustar nuestra fe a los acontecimientos acontecidos en un lugar preciso de la historia y para empezar el seguimiento de Jesús como auténticos discípulos, testigos del Resucitado. Las dos claves mayores, para entender el contenido del evangelio de Marcos, responden a estas dos preguntas: *¿quién es Jesús?* y *¿quiénes son sus discípulos?* Ambas cuestiones se complementan entre sí en equilibrada continuidad y confluyen en la Resurrección. Nos informan sobre lo que significa ser creyente y su quehacer en la historia y en la sociedad como testigos del Resucitado con experiencia de su Pascua²⁵.

Lo que proporciona veracidad a la historia de Jesús es el *encuentro* con su persona a través de la fe, así como la decisión de recibir sus hechos y sus dichos, como si estuvieran aquí y ahora presentes en cada uno de nosotros. Olvidar ambas claves nos conduciría al *olvido de lo esencial*. Acogerlas con alma y corazón es tanto como estar dispuesto a ser verdaderos cristianos en el momento actual, hora decisiva de la evangelización. En esta hora de gracia, en este *kairós*, podemos encontrarnos con el verdadero Jesús y seguir con su acompañamiento el camino de la salvación. Para ello necesitamos comprender y actualizar la Muerte del Resucitado y la Resurrección del Crucificado, tal como las encontramos en el escrito marquino. En ello nos jugamos la identidad como creyentes seguidores del Jesús vivo.

El primer kerigma y el final de Marcos

Como hemos explicitado, lo nuclear del mensaje cristiano tiene su origen en la Buena Noticia de la Pascua, transmitida admirablemente por Pablo a los corintios en la llamada *Carta de la Resurrección* (1Cor 15,3-5)²⁶. Conserva con fidelidad la formulación recibida por la tradición más antigua, que él conoció en su primera visita a los hermanos de Jerusalén y que luego transmitió a los corintios. El que podemos llamar con todo la razón como el *Primer Evangelio Predicado* consta de dos binomios, simétricamente presentados:

<p>MUERTE - SEPULTURA ὅτι χριστὸς ἀπέθανεν ὑπὲρ τῶν ἁμαρτιῶν ἡμῶν κατὰ τὰς γραφάς que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras καὶ ὅτι ἐτάφη y que fue sepultado</p>
--

RESURRECCION - APARICIONES
καὶ ὅτι ἐγήγερται τῇ ἡμέρᾳ τῇ τρίτῃ κατὰ τὰς γραφὰς
y que resucitó al tercer día conforme las escrituras
καὶ ὅτι ὤφθη Κηφᾶ, εἶτα τοῖς δώδεκα·
y que se apareció a Pedro y más tarde a los Doce.

El protagonismo se centra en Jesús de Nazaret, al que se le otorga uno de los títulos, procedente del judaísmo, que está enraizado en la *más antigua* tradición cristiana, el de *Cristo*. Los primeros creyentes confesaban a su Señor festivamente en cuatro verbos: como *muerto y sepultado, resucitado y aparecido*. Los dos últimos expresados en pasivos divinos. Todo ello presentado como acontecido en un brevísimo espacio de tiempo para nuestra salvación y con el beneplácito divino, ya que sucede «por nuestros pecados» y «al tercer día conforme las Escrituras». Así hay que concebir la terribilidad de su Muerte y así también hay que considerar la gloria de su Resurrección. Nada sucedió de modo casual, sino según los planes divinos de salvación, expresados en la Escritura Santa.

Se trata de una prepaulina «fórmula de legitimación»²⁷ del legado de Cristo, que con bastante seguridad procede de la *comunidad palestinese de Jerusalén*. Redactada *entre los años 30 al 35*, puede afirmarse que se trata del texto *más antiguo* del cristianismo, breve sí, pero de formidable densidad cristológica. Toda la reflexión posterior parte de esta *fórmula genial*, que enseguida encontró el reconocimiento y beneplácito de los creyentes. Desde entonces no se ha olvidado nunca por la fuerza de *síntesis* que contiene y la exactitud de su *formulación*, expresada con envidiable claridad y solemnidad.

En el final de la Historia de la Pasión premarquina (16,18) aparecen esos *cuatro elementos*, aunque en la dinámica de la narración los dos binomios se han disuelto en un *trinomio* con un elemento nuevo:

descubrimiento de la tumba vacía - anuncio de la resurrección y - aparición.

No se menciona *explícitamente* la muerte, aunque se supone, al hablar del Crucificado, que no se encuentra en el sepulcro. Tampoco se describe aparición alguna en paralelismo a los distintos elementos del trinomio, pero en el anuncio de la Resurrección sí se menciona *una aparición*, que ocurrirá ante los discípulos y Pedro en Galilea. Así se lo dice el joven con vestiduras blancas a las mujeres, una vez descubierta la tumba vacía y después de haber recibido de su boca la estricta buena noticia de que el Crucificado ha resucitado.

En el kerigma primitivo la muerte y la sepultura están íntimamente unidas, formando una unidad bien compacta. En el relato premarquino la sepultura, sello de la muerte, sirve de *transición* entre la muerte y el anuncio de la Resurrección y de identidad entre el Crucificado y el Resucitado. El Crucificado es el Resucitado, el *hecho real* de la sepultura vacía corrobora la *verdad* de la Resurrección. No queda acreditado *conceptualmente* en la sucesión de los acontecimientos, si la sepultura hay que situarla con la Muerte, como hace el primer kerigma o más bien hay que relacionarla con la Resurrección, como aparece en Marcos. Aquí la hemos presentado como *preparación* a la Resurrección. La sepultura fue usada de acuerdo con la conveniencia mostrada en función con la debida exposición de los hechos.

En resumen: Que Jesús de Nazaret, el Mesías de la expectación judía, murió y resucitó por nosotros conforme los designios divinos de salvación constituye una fórmula tan afirmada y mantenida, con toda clase de modulaciones, en las capas más primitivas de la tradición en sus diferentes formas de expresión, que podemos calificarla de *fundamento incommovible de la fe cristiana*. El centro

ineludible de la teología, la cuna de nuestra espiritualidad, encuentra su primera y lograda manifestación teológica en el kerigma de la Muerte y Resurrección de Jesús por la humanidad de acuerdo con la Escritura Santa.

Aunque desde el punto de vista literario la estructura formal y el vocabulario del relato final marquino son muy diferentes de 1Cor 15,3-5, parece claro que *se ha conformado la perícopa de acuerdo con esa fórmula de fe*, que muy pronto circuló por la comunidad de Jerusalén y que se extendió al resto de las comunidades por la trascendencia de su exacto contenido, como ya hemos resaltado anteriormente. Pero existe una diferencia: en el relato marquino aparece la *tumba vacía*, hecho que 1Cor 15,3-5 aún no contenía. Lo que nos hace suponer algo importante que conviene constatar aquí: «La fórmula en 1Cor 15,3ss, que según la opinión casi unánime de la investigación no proclama todavía la tumba vacía, es, con seguridad, más antigua que la tradición de Mc 16,1-8»²⁸.

Las fórmulas de fe sobre la Resurrección en el inicio del kerigma

«Que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras [...] y que resucitó al tercer día, según las Escrituras» (1Cor 15,5). ¡El Crucificado ha resucitado! (cf Mc 16,6; Mt 28,7; Lc 24,6)²⁹. «Era verdad, ha resucitado el Señor» (Lc 23,34). «Ha resucitado para nuestra salvación» (Rom 4,25b). «Cristo Jesús, que murió más todavía, resucitó y está a la derecha de Dios» (Rom 8,34). «Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Flp 2,11). «Si profesas con tus labios que Jesús es el Señor y

crees con tu corazón, que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo» (Rom 10,9). «Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos» (2Tim 2,8).

Estas y otras fórmulas, repetidas una y otra vez en las distintas capas de la tradición más primitiva, acuñan poco a poco confesiones de fe, que luego se ampliarán en *credos*, de modo que se puede afirmar con toda verdad que están en el *origen mismo del cristianismo*³⁰. Algo parecido constatamos en la predicación, que recoge los ecos del kerigma de los dos mayores primeros misioneros: Pedro (He 2,32; 3,36; 4,2.33; 5,30; 10,40) y Pablo (13,33ss; 17,31; 23,6; 24,21; 25,19; 26,6ss). «La vida del Resucitado pertenece a Dios, está a disposición de Dios»³¹, siempre decidido a que la haga partícipe con los hombres.

El evangelio de Marcos como proseguimiento del kerigma

«Los que consideran los evangelios como algo sin precedentes en la literatura biográfica o histórica judía o grecorromana proponen generalmente que constituyen un género literario único que inherentemente evolucionó a partir de las potencialidades de kerigma (“proclamación”) o evangelio oral»³². Pienso que esta apreciación resulta aplicable sobre todo a Marcos. Nuestro autor es el único que titula su escrito con el nombre de «*Evangelio*» y el que inventó este género³³, que después tuvo muchos imitadores. Tres de esas obras tuvieron notable *éxito*, hasta el punto de entrar en el canon de libros sagrados del Segundo Testamento.

No cabe duda de que Marcos quiso ampliar de forma bien significativa el *acontecimiento pascual*, tan presente en la literatura paulina. Lo hizo con hechos y dichos de

Jesús de Nazaret, empezando por el bautismo y las tentaciones y terminando con la Historia de la Pasión. Para ello se valió de algunas *fuentes escritas*, que ya he tratado en otro lugar³⁴ y de noticias sueltas bien conocidas en las comunidades primitivas y que aprovechó debidamente. A Marcos, conservador de preciosas tradiciones, le interesa resaltar que no se puede entender el auténtico significado del kerigma, si se *aísla* de la historia del Jesús de Tierra Santa y no se tienen en cuenta sus enseñanzas y su actuación en la Palestina del año 30 de nuestra era. Historia terrena, Muerte y Resurrección forman una unidad inseparable.

Desde las primeras páginas de su obra el evangelista va perfilando el rostro y perfil humano de Jesús. Estas pueden considerarse las preguntas decisivas que se esconden detrás de lo pensado y escrito sobre su protagonista y significación, que poco a poco va descubriendo: ¿Quién es Jesús de Nazaret, el Crucificado y Resucitado?³⁵ ¿Cómo se comportó durante su actuación terrena en el país de los judíos?³⁶ ¿Qué significó la confesión de Pedro? ¿Por qué los discípulos abandonaron a Jesús, cuando más los necesitaba? ¿Cómo se puede ser su discípulo, continuador de su actividad sobre el Reino mediante la proclamación y el testimonio del Evangelio?³⁷ ¿Qué implica para los seguidores de Jesús que sea el *Maestro de la multitud y de los discípulos*? ¿Cómo entender a Jesús *Taumaturgo* que *hace acciones maravillosas* en favor de los que se acercan a Él? ¿Siguiendo al centurión romano, qué trascendencia tiene la confesión de que *Jesús era el Hijo de Dios*?

La debida respuesta a estas preguntas nos abre al *auténtico sentido* de la obra marquina y nos ayuda a entender en sus términos adecuados su valoración del kerigma. Los lectores del evangelio, convertidos en discípulos de Jesús, necesitan dar *el paso imprescindible de*

la fe, para entender en todo su sentido y para testimoniar de modo convincente lo que el Señor propone y dispone. Es precisamente en la práctica de la fe, donde florece la verdad de la Resurrección. Únicamente el creyente «*ve al Resucitado*» en hondura y verdad. En efecto, con la fe se experimenta en la vida de cada día cómo el Señor acompaña a los suyos en todos los tiempos, sin necesitar ninguna otra prueba física, perceptible por los sentidos naturales.

Pero para continuar unidos a Jesús, los discípulos están llamados a *volver a empezar*, fijando la mirada en el Resucitado, que va a irrumpir de *otra manera* en sus vidas amedrentadas. Toda una invitación ilusionante a *dejarse encontrar por Él* de nuevo en Galilea, prosiguiendo un camino renovado, ahora ya con la luz de la Pascua, con la presencia del Resucitado, que ha pasado por la Cruz. Desde la región cristiana por excelencia están convocados para caminar otra vez hacia Jerusalén, la ciudad del término de sus esfuerzos, donde se proclama y vive el kerigma. «El credo primitivo, aun con el solo preanuncio de la aparición, queda así completado en el mensaje central del pasaje de Marcos por boca del ángel: crucifixión, sepultura, resurrección y aparición»³⁸.

La Resurrección de Jesús constituye sin duda un *acontecimiento de fe sin par* y se impone el contemplar al Resucitado en la lectura del evangelio y en el *pro-seguimiento* de lo que el Jesús de Tierra Santa hizo y enseñó, empezando en la Galilea de la primera hora. Quien está decidido a comprometerse con el Evangelio, recibe la aparición de Jesús, de manera semejante a como la recibieron Pedro y los demás discípulos a raíz de la Pascua. Pero ahora con los *ojos nuevos de la fe*, no con los *físicos* de la cara.

De ahora en adelante el encuentro con el Resucitado va a significar *un comienzo nuevo*. Ya no van a estar presentes en él Pedro y los primeros discípulos sino los lectores y seguidores del Evangelio. ¡Ojalá que los lectores que empiezan esta obra, como aquellos, sigan extendiendo la Buena Noticia del Reino con nuevo ardor, con nuevos métodos y sobre todo con la garantía del testimonio convincente de los testigos del Resucitado, que viven su seguimiento como el mejor de los tesoros!

Necesitamos volver a *repensar* la Resurrección -el tema que nunca envejece-, entenderla en toda su significación, ahondando en su auténtico sentido, empezando por el kerigma³⁹. «A medida que la tradición se desarrolla, esta tiende a insistir en su fidelidad al testimonio de los apóstoles. La predicación reciente no deja vacío del mensaje primitivo sino que de él saca su norma y fundamento»⁴⁰.

¡Ojalá que logremos el cometido emprendido de conocer mejor lo que la Resurrección significa para los hombres y de una manera muy especial para los creyentes! Y queremos hacerlo interpretando un *texto fundamental* de la palabra de Dios: Mc 16,1-8, el final del evangelio más antiguo que conocemos. Un final que esta en *plena consonancia* con el más primitivo kerigma, demostrando de forma historiada, cómo se llegó a aceptar la Resurrección de Jesús en los inicios mismos del cristianismo.

Estudio exegético y espiritual de Mc 16,1-8

Voy a seguir una estructuración y disposición de los contenidos de forma muy semejante a la mantenida en mi libro anterior. Así se mostrará mejor la unidad existente entre ambos estudios, como ya ha quedado subrayado. Exponemos el tema en cinco momentos:

- ~ Empezaremos con un análisis en profundidad acerca de los *aspectos literarios de 16,1-8*, el final del evangelio de Marcos. No olvidemos que la palabra de Dios es también palabra humana; dicho de otro modo, literatura escrita por hombres y no nos queda más remedio que tratarla como tal, so pena de malinterpretarla. Lo divino y lo humano se implican y complementan mutuamente para conformar la sección final de la historia de Jesús.
- ~ Luego abordaremos un *comentario teológico*, que nos ayude a conocer adecuadamente lo que el Espíritu Santo y el evangelista nos han querido transmitir. No cabe duda de que constituye el aspecto más trascendente y en el que conviene detenerse de un modo muy especial. Tendrá un complemento en la vuelta al Evangelio con el Resucitado, que desea *proseguir su Evangelio desde Galilea*, intentando hacerlo como el evangelista tuvo en su mente.
- ~ Más tarde ensayaremos *un acercamiento histórico*, valorando los *aspectos «ocurridos una vez»*, existentes en esta narración tan especial, que nos habla del descubrimiento de una tumba vacía, así como del

anuncio de una resurrección. Una pregunta necesita contestación precisa: ¿en qué medida la Resurrección de Jesús constituye un acontecimiento histórico?

~ Por último indagaremos en la *espiritualidad* propia de la Resurrección, ateniéndonos a la narración marquina. Ante todo la palabra de Dios es *teología* y *espiritualidad*. La Trinidad ha resucitado a Jesús de Nazaret del ámbito de la muerte y en esa Resurrección los hombres, en especial los creyentes, estamos de lleno implicados. Una implicación que cada uno puede activar con el impulso del Espíritu en el silencio y la oración, en la reflexión y la praxis.

Estos cuatro acercamientos, complementarios entre sí, nos proporcionarán el verdadero contenido y el auténtico sentido de la Resurrección de Jesús en la narración de Marcos, que tanta trascendencia tiene para conferir sentido a nuestra propia vida y a la de los creyentes de todas las épocas de la historia. La palabra de Dios alcanza aquí una sobresaliente importancia. Por eso conviene abordar uno a uno los distintos pasos, para poder así recoger la *totalidad* e *integralidad* de una buena interpretación, considerando los debidos aspectos posibles.